

Ulysses Kingsmann

**JESSICA
LITTLE**



**SALVAD
A GRAHAM
THOMS**

**Texto de Marcelo E. Mazzanti
Ilustraciones de Raquel Travé**



Duomo ediciones

JESSICA LITTLE: La nieta de Angela Little tiene todas las cualidades de una gran detective, y en cuanto encuentra un misterio es incapaz de soltarlo.



ANGELA LITTLE: En sus tiempos fue la investigadora más famosa de Inglaterra. Su gran experiencia es imprescindible para Jessica.

GIRIL: Un enorme (en todos los sentidos) fan del fútbol. Tiene un corazón de oro que oculta bajo un chándal fosforescente.



ARSEMA: Muy lista, empollona y con mucho carácter, no es una persona de muchos amigos... pero lo da todo por ellos.



MARGARET: La hija del párroco es la mayor del grupo y una gran deportista. Aunque le interesan más los chicos que los misterios, su ayuda es básica.

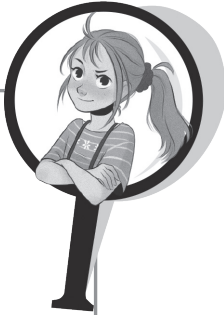


HARI: *Hacker* y as de la informática, siempre dispuesto a investigar. Lo que más le molesta es que lo confundan con su hermano gemelo Kinan.

KINAN: También es *hacker* y as de la informática... y lo que más le molesta es que lo confundan con su hermano gemelo Hari.



SRA. TUDOR: La vecina de Angela Little oculta algo. Es corpulenta y muy sentida y quizá sea también la mala de la historia. O a lo mejor no.



Capítulo 1

¿Quién dice que aquí nunca pasa nada?

Cada tarde, en el pequeño pueblo de Cabot Mead, en la costa inglesa, se produce un fenómeno misterioso y único.

Empieza a caer la noche. Las calles están vacías del todo. No hay nadie en las tiendas, en los jardines, en los paseos llenos de flores de todos los tamaños y colores. No se ven niños jugando en los parques, no se oyen las voces de los habitantes del pueblo.

Solo hay un ruido creciente, parecido a unas campanillas, como si fuera el suave golpear de unos objetos contra la cerámica. El clanc, clanc, clanc flota en el aire y crece más y más; parece venir de todas partes. Es un sonido que lo cubre todo, y

hasta los pájaros en los muchos y frondosos árboles parecen escuchar en silencio el curioso alboroto.

Y es que en Cabot Mead parece que no pasa el tiempo. Como comentan los turistas que acuden cada verano a sus costas y su playa, los nativos siguen siendo una postal de la Inglaterra más clásica, esa que en las grandes ciudades se ve cada vez menos.

Tras unos momentos de confusión, un observador atento notará que el ruido misterioso que llena sus oídos proviene del interior de cada una de las casas del pueblo.

Todos han sacado su vajilla más tradicional, decorada con dibujos de delicadas flores o de patos que emprenden el vuelo, y chocan sus cucharillas contra la loza mientras repiten el ritual diario del té de las cinco. Lo acompañan con galletas con gordos granos de azúcar por encima, con los tradicionales *scones* o, los más golosos, con *strumpets*, pequeñas caracolas rellenas de deliciosa crema.

Es un ritual que cada día paraliza el pueblo y al

que nadie allí está dispuesto a renunciar. Es una de las tantas costumbres que hacen que Cabot Mead parezca...

—... ¡salido de la maldita Edad Media! Ay. ¿¡Dónde me he metido!? —exclama en voz alta Jessica Little, llevándose las manos a la cabeza, desesperada.

No puede creerse lo que ve a través de la ventanilla del espacioso y anticuado taxi negro que la ha traído desde la estación del tren, en las afueras.

Para ella, tener que pasar una temporada allí es todo un castigo. A ver: entiende que sus padres viajan por todo el mundo por trabajo y que esta vez, en que ha coincidido que ambos han de estar un tiempo fuera, han tenido que dejarla con su abuela... pero ¿qué culpa tiene ella de que su abuela viva en el fin del mundo? ¿Cómo podrá una sofisticada londinense de doce años tan curiosa e interesada por todo lo último, desde la tecnología hasta la moda, vivir unas semanas en un lugar donde seguro que piensan que internet es una marca de detergente

y el wifi, algún plato chino que se come con salsa agridulce?

Jessica se retira los auriculares inalámbricos, como para escuchar mejor sus propios lamentos.

—Ya verás cómo te diviertes aquí —le dice el taxista cuando se detienen, mientras la ayuda a sacar su maleta—. Y tu abuela es... buena gente. Curiosa.

—Mfff —suelta ella.

Después de pagar al conductor con parte del dinero que le han dejado sus padres para el viaje, tiene que arrastrar la maleta. Las pequeñas ruedecillas apenas funcionan en el camino de tierra.

Y aunque solo debe desplazarla un metro hasta la puerta de casa de su abuela, vuelve a pensar en lo bien que estaba en la ciudad. Ya no es una niña; ¿por qué no la habrán dejado quedarse sola? ¿O, mejor aún, con su mejor amiga, la consola y una nevera llena de barritas de chocolate?

Al llegar a la puerta, Jessica se queda quieta un segundo recuperando el aliento, observando la



pequeña alfombra de hierba a los lados del camino de piedrecillas de la entrada.

Antes de que pueda llamar al timbre, la puerta se abre, y allí está, siempre sonriente, su abuela Angela Little, la legendaria aventurera de la familia, aunque nadie lo diría hoy viendo su apariencia tan bondadosa.

Tal como le dijeron sus padres, Jessica ve que la mujer se ha roto una pierna, que lleva escayolada, y ha de moverse en una antigua silla de ruedas con respaldo de mimbre.

De hecho, no está claro quién se supone que ha de cuidar de quién. Sus padres le han pedido que a la vuelta les pase un informe completo sobre cómo se las arregla la abuela, y si tiene algún problema en su vida diaria. «¡Pero que ella no se entere! Tiene su orgullo y no quiere que la consideren una inválida».

—¡Mi querida niña! ¡Qué alegría! —es lo primero que le dice—. Pasa, pasa y ponte cómoda. La tetera está en el fuego y te he hecho yo misma

unas galletas con las que vas a chuparte los dedos.

Le coge la maleta, que levanta sin ningún esfuerzo y con una sola mano. ¡Con lo que le ha costado a Jessica arrastrarla hasta allí!

—Hola, abuela.

Jessica no es muy sentimental, pero su abuela tiene algo que hace que sienta ganas de achucharla. Se dan un gran abrazo bajo el marco de la puerta, antes de entrar y dejar la maleta en el suelo.

—Ya la abriremos más tarde. Ahora me vas a contar todo lo que me he perdido. ¡La última vez que te vi no levantabas dos palmos del suelo!

«Sí, bueno —piensa la niña—, eso no es que haya cambiado mucho». Y es que Jessica será muchas cosas: lista, ingeniosa, rápida... pero «alta» no es una de ellas.

Las dos van hasta la sala de estar, que no puede ser más tradicional. Como en todas las casas del lugar, esta es pequeña, y lo parece aún más porque está llena de cosas: no solo de muebles sino de toda clase de objetos de decoración pequeños, grandes,

bonitos, horrorosos... que ocupan cada estantería, cada espacio libre.

Es como si los habitantes no se sintieran cómodos a menos que tengan algo con lo que tropezar cada dos pasos.

El papel pintado de las paredes hace que el lugar parezca aún más pequeño. Las gruesas cortinas apenas dejan pasar la luz. Y, sin embargo, las plantas, la mezcla de objetos tan dispares, la sensación de que todo es nuevo o lleva cien años allí, consiguen que una persona se sienta más cómoda que en ningún otro lugar.

—¿Sabes? —dice Angela, que se coloca junto a un sillón e invita a su nieta a sentarse en él—. Me hace mucha ilusión que hayas venido. ¡Llevo toda la mañana pensando en ti!

—Sí, mientras arreglabas el jardín de la entrada, ¿verdad? —le pregunta Jessica con una sonrisa.

Eso parece sorprender a su abuela.

—¡Caramba! ¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, he visto que la hierba estaba recién

cortada pero seca, y como he comprobado en el móvil que anoche llovió, solo has podido hacerlo esta mañana.

A Jessica le encanta hacer esas demostraciones improvisadas de deducción. Si su admirado Sherlock puede hacerlo, ¿por qué ella no? A la mayoría de la gente le sorprende, aunque es cierto que a algunos les hace sentir incómodos.

Angela, en cambio, parece encantada. Se le ilumina la vista mientras va a buscar el té y sigue hablando desde la cocina.

—¡Bravo! ¡No sabes cómo me recuerdas a mí misma cuando tenía tu edad! Creo que vamos a llevarnos como una casa incendiada. —¡Solo los ingleses pueden tener una frase típica que compara el llevarse bien con un edificio en llamas!—. Pero yo también soy muy observadora, y me da la impresión de que no tienes muchas ganas de estar aquí...

Ahora es Jessica la que se sorprende.

—¿Cómo lo has deducido? Intentaba disimular para no ofenderte.

Desde la cocina le llega la contagiosa risa de su abuela.

—No me ofende, querida. Esto es lo contrario de la ciudad, de todo lo que conoces. Seguro que crees que estamos en la Edad de Piedra. —Vuelve a aparecer, cargando con una bandeja plateada—. Ah, y más que una deducción ha sido verte llegar por la ventana, arrastrando la maleta y mirándolo todo con cara de horror.



Angela posa la bandeja en la mesilla que hay delante del sofá y empieza a repartir el contenido: tazas humeantes, tetera, platitos con galletas calientes que huelen de maravilla.

—A ver si esto te levanta un poco la moral.

—Por favor, que quede claro que no es por ti.

—A Jessica eso le resulta muy importante: siempre ha adorado a su abuela—. Tengo muchas ganas de que me cuentes tus legendarias aventuras. —Toma un sorbo de té para darse tiempo a elegir bien las palabras—. Es solo que... este lugar parece un poco... en fin... aburrido... de esos donde nunca nunca pasa nada y...

Baja un poco la cabeza; nota que se ha puesto roja.


Justo entonces suena el timbre de la puerta. Y con gran insistencia; es alguien claramente muy nervioso y que no puede esperar. Con expresión resignada, Angela va a abrir.

Lo siguiente que ve Jessica es a una mujer muy alta, muy grande, muy redonda, que entra en la sala

dando largas zancadas y entre bufidos, despeinada, con un abrigo que parece puesto a toda prisa, una bufanda medio caída que arrastra por el suelo, y el rostro muy blanco y con expresión preocupada.

—¡Dios mío, Angela! ¡Buff, buff! ¡Es horrible! —exclama, y se planta en el centro de la sala, en una postura muy teatral—. ¡Me han robado! ¡Buff, buff! ¡Tiene que investigar!

Angela parece azorada por el estado en que se encuentra su amiga. Pero al mismo tiempo mira a su nieta y le guiña un ojo: «¿Quién dice que aquí nunca pasa nada?».



Capítulo 2

Un trasto que casi da vergüenza

La mujer se ha dejado caer como una bomba tirándose de un avión. Por un momento Jessica se ha imaginado que el sofá se partiría en dos.

—Ay, qué disgusto, señora Little —dice. Ha sacado un pañuelo del bolso y se lo pasa por toda la cara.

—Ya veo, ya veo —contesta la abuela—. Por suerte, acabo de preparar té y galletas. Por favor, póngase cómoda y cuénteme. Ah, y le presento a mi nieta Jessica, que ha venido a pasar unos días mientras sus padres están de viaje. Jessica, esta es la señora Tudor, nuestra apreciada vecina.